

superior, para persuadirles mas, va mostrando con muchos ejemplos la necesidad que hay en todas las cosas de obedecer á un superior (1). En la policia seglar vemos que hay un emperador, un rey, un juez supremo de una provincia. Roma, cuando se fundó, aun á dos hermanos no pudo tener juntamente por reyes, sino que el uno mató al otro (2). Jacob y Esaú, aun estando en el vientre de su madre, peleaban y traian guerra entre sí sobre cuál habia de salir primero. Y en la gerarquía eclesiástica vemos que toda se reduce á un Vicario de Cristo, y en cada distrito y diócesis hay un solo obispo y prelado. En todas las cosas vemos que es necesaria esta subordinacion y sujecion á uno. En un ejército, por grande que sea, siempre hay un capitán general á quien todos obedecen, y en cada navio un gobernador; y seria gran desconcierto y confusion á los que navegan, y nunca llegarían al puerto, si cada uno quisiese gobernar y enderezar el navio por su parecer y no tuviese uno á quien seguir. Y hasta en la mas mínima casa, aunque sea un pobre cortijo, es menester que haya uno á quien los demas obedezcan; y cuando no hay esto no se puede conservar, ni durar mucho, ni la casa, ni la ciudad, ni el reino: "Todo reino dividido entre sí será assolado y destruido (3)." Y esto vemos en todas las cosas, no solo en las criaturas racionales, en los hombres y en los ángeles, en los cuales hay subordinacion de una gerarquía á otra, sino tambien en los brutos animales, que tienen su capitán y guia á quien siguen. Las abejas tienen sus maestras, y una es la principal y reina, á quien todas reconocen

(1) Hieron. in Regul. quam collegit ex scriptis ejus Lupus de Olibeto.
 (2) Et fraticidio dicatur.
 (3) Omne regnum in seipsum divisum, desolabitur, et domus supra domum cadet. Luc. XI, 17.

y obedecen. Hasta las grullas se juntan en escuadron para caminar, y se ponen en órden, haciendo una letra, que es una Y griega, y asi van siguiendo todas á una (1). Y los cielos tambien están debajo de un primer mobile y siguen su movimiento. Y por no causar fastidio con mas ejemplos, dice San Gerónimo, lo que quiero que saqueis de todo esto es que entendais cuánto os conviene vivir debajo de la obediencia de un prelado y en compañía de muchos hermanos religiosos, siervos de Dios, que con su ejemplo os ayuden y animen á vuestro fin.

Nuestro Padre, aunque en todas las virtudes y gracias espirituales quiere que crezcamos, en esta especialmente nos pide grande perfeccion y desea que asi como las otras religiones, unas se señalan y aventajan en la pobreza, otras en las muchas penitencias y asperezas, otras en el coro, otras en la clausura, asi la Compañía se aventaje en la virtud de la obediencia y que todos procuremos señalarnos y esmerarnos en ella, como si de sola ella dependiese todo el bien de la Compañía: y con mucha razon nos pide esto nuestro Padre; porque el fin de la Compañía, despues de su propio aprovechamiento, es el aprovechamiento de los prójimos y ayudar á la salvacion de las almas en todo el mundo. Y asi los de ella han de estar dispuestos y apercebidos y siempre á punto para ir por todo ese mundo á ejercitar sus ministerios, como caballos ligeros para socorrer á la mayor necesidad; y ese es el intento del cuarto voto que hacen los profesos, de obedecer al Pontífice acerca de las misiones, que es de ir á cualquiera parte del mundo á que el Sumo Pontífice les enviare, ahora sea á tierra de fieles, ahora de infieles ó

(1) Grues quoque unam sequuntur ordine litterato.

herejes, sin poner excusa ninguna y sin pedir viático: y no solo para las misiones á donde les enviare el Sumo Pontífice, sino para donde les enviaren sus superiores inmediatos han de tener todos esta prontitud é indiferencia. Y fuera de eso la han de tener para hacer cualquier oficio y ministerio y cualquiera otra cosa que les mandaren: y como en la Compañía hay tanta diversidad de ocupaciones, ministerios y grados, y unos mas altos que otros, es menester grande caudal de obediencia. Y ese fué el artificio y traza maravillosa de nuestro Padre en insistir tanto en la obediencia y pedirnos que nos señalemos y aventajemos en ella; porque sabia que se nos habian de ofrecer cosas dificultosas y que habian de hacer muchos guisados de nosotros, trayendonos á todas manos.

Decia un Padre de la Compañía una cosa que deseo dijésemos y sintiésemos todos. «Yo, dice, no tengo miedo á ninguna obediencia; porque estoy dispuesto y preparado para hacer cualquiera cosa que la obediencia me mandare.» Decia muy bien, y esta es una verdad muy experimentada. El religioso que está mortificado, pronto é indiferente para cualquiera cosa que le pueden mandar, no tiene que temer ninguna obediencia, ni ningun superior, ni se le dá mas que sea superior Pedro que Sancho, ni que sea de esta ó aquella condicion. El buen religioso no ha de depender de estas cosas; y el depender de eso, y andarlo temiendo, arguye imperfeccion. Sobre aquello de San Pablo: "¿Quieres no temer la potestad? obra bien y te alabará; teme si obrares mal (1)," dice San Crisóstomo: «El temor no lo causa el príncipe, sino vuestra malicia (2).» El ladron y malhechor está

(1) Vis non timere potestatem? bonum fac, et habebis laudem ex illa; si autem malum feceris, time. Ad Rom. XIII, 3.
 (2) Timorem enim non facit princeps, sed vestra malitia. Crisost.

temiendo la justicia, y en viendo el alguacil, se le revuelve la sangre pensando que viene por él; pero ese temor no lo causa el príncipe, ni la justicia, sino su malicia y mala conciencia. ¿Quereis no temer al rey, ni á la justicia? vivid bien, y no solo no la temereis, sino antes tendreis mucha loa de ella. Pues asi es tambien acá en la Religion; esos miedos y temores no los causa la obediencia, ni el superior, sino vuestra imperfeccion é inmortificacion. ¿Quereis no temer, ni andar con sobresalto en la Religion? sed muy obediente, y procurad estar muy indiferente y resignado para todo: el que de esta manera anduviere, gozará de mucha paz y de mucha quietud y tranquilidad, y será para él la Religion un paraíso en la tierra.

CAPITULO III.

Del primer grado de obediencia.

Tratando nuestro Padre de la obediencia, en la tercera parte de las Constituciones, dice: «Es muy espediente para aprovecharse, y mucho necesario, que se den todos á la entera obediencia (1);» y va declarando cuál es entera obediencia; dice que no solamente ha de ser en la exterior ejecucion, poniendo por obra lo que se nos manda, que es el primer grado de obediencia; sino que ha de ser de voluntad y de corazon, conformando nuestra voluntad con la del superior, teniendo un mismo querer y no querer con él, que es el segundo grado de obediencia: y no ha de parar ahí, sino habemos de pasar adelante, y conformar tambien nuestro juicio con el del superior: de manera que os parezca á vos lo mismo que le pareciere al superior, y que juz-

(1) Pact. III. Const. cap. 1, §. 23. Regul. 31 summarii.

gueis que lo que manda es bien mandado, que es el tercero grado de obediencia. Cuando hubiere esta conformidad en obra, voluntad y entendimiento, entonces será entera y perfecta obediencia; y cualquiera cosa de estas que falte, no será entera, ni perfecta.

Pues comenzando del primer grado, es menester que seamos muy diligentes y puntuales en la ejecucion de la obediencia. Pregunta San Basilio (1) con qué cuidado y diligencia habemos de acudir á las cosas de la obediencia, y responde que con el que uno que ama mucho su vida acude á las cosas necesarias para conservarla, y con el que acude á comer el que tiene mucha hambre. Y aun con mayor, dice, cuánto es mas noble y escelente la vida eterna, que se merece con la obediencia, que la temporal. El bienaventurado San Bernardo dice: «El verdadero obediente no sabe qué cosa es tardanza, ni qué cosa es mañana, ni despues, ni dice luego iré, como los perezosos, sino aplica el oido á entender lo que le mandan, los pies para irlo á cumplir, las manos para ponerlo por obra, y tan al punto lo ejecuta, que parece que previene y gana por la mano al que le manda (2).»

Nuestro bienaventurado Padre, tratando de la ejecucion y puntualidad que habemos de tener en la obediencia, dice (3), que habemos de ser tan prestos á la campanilla y á la voz del superior, como si de Cristo nuestro Señor saliese, dejando por acabar cualquier letra ó cosa nuestra comenzada. Dos cosas dice: lo primero, que cuando oimos la campanilla ó la voz del

(1) Basil. in Regul. brevior., interrog. 166.
(2) Fidelis obediens nescit moras, fugit crastinum, ignorat tarditatem, praecedit praecipientem; parat oculos visui, aures auditui, linguam voci, manus operi, itineri pedes, totum se colligit, ut imperantis colligat voluntatem. Bernard. serm. de obedient.
(3) P. VI. cap. 1, § 1, Reg. 34 Summarii.

superior, habemos de hacer cuenta que oimos la voz de Dios. Y es muy buena consideracion para entonces aquella de los tres reyes Magos, cuando vieron la estrella que les apareció: «Esta, dicen (1), es señal del gran Rey; vamos luego á adorarle y á ofrecerle nuestros dones.» Asi en oyendo la campanilla, ó la voz del superior, es muy bueno decir: «esta es la voz de Dios, vamos luego á obedecer.» Lo segundo, dice, que habemos de dejar la letra comenzada. Casiano (2), tratando de las ocupaciones de aquellos monjes, que todos estaban ocupados, cuál escribiendo sus devoiciones, cuál meditando, cuál trasladando libros, ó haciendo otras obras de manos, dice, que luego en oyendo la campanilla ó la voz del superior, salian de sus celdas, á porfia, certatim, cuál acudia mas presto, con tanta presteza, que el que estaba escribiendo, dejaba por acabar la letra comenzada, porque tenian en mas la obediencia que todo lo demas; y no solo la preferian á la obra de manos que hacian, sino á la leccion, y á la oracion y recogimiento, y á todas las demas obras; y asi todo lo dejaban por no faltar á la obediencia, ni aun un punto, como si oyeran la voz de Dios. San Benito pone tambien esta doctrina en su regla (3), y de ellos la tomó nuestro Padre.

Para darnos el Señor á entender cuánto le agrada esta obediencia puntual, dejando la letra comenzada, lo ha querido él confirmar muchas veces con milagros: como en el otro monje que estando escribiendo, y tocando á cierta obediencia, dejó la letra comenzada, y cuando volvió la halló acaba-

(1) Hoc signum magni Regis est; eamus, et offeramus ei munera, aurum, thus, et myrram.
(2) Cass. lib. 4 de institut. renuntiantium, c. 12.
(3) S. Benedict. in Regul. cap. 5.

da y hecha de oro la otra mitad (1). Y en el otro, que le apareció el Niño Jesus muy hermoso y resplandeciente, y tañeron á Visperas, y dejóle luego y fué á su obediencia; y acabada, tornó á la celda, y halló allí al Niño, el cual le dijo: «Porque te fuiste, me hallaste; que si tú no te fueras, yo me fuera luego de aquí (2).» Y de otro cuenta Rusbroquio (3) que halló, al que dejó Niño, en figura de hermosísimo mancebo, y que le dijo: «Tanto he crecido en tu alma por la puntualidad de tu obediencia.» El demonio por el contrario, ya que no puede hacer que del todo no obedezcamos, procura que no seamos puntuales en la obediencia, para tener en ella alguna parte, y llevar él siquiera aquello poquito de la obra desde que tocan la campanilla hasta que os levantai. Quiere llevar la flor y el principio de nuestras obras y hacer la salva en ellas, y asi procura que os esteis un poquito en la cama, despues que ois tañer á levantar, y que acabeis la letra comenzada cuando estais escribiendo; y aun algunas veces la razon ó cláusula, con achaque de que no se os olvide. Pero nosotros habemos de procurar dar á Dios toda la obra enteramente, con su principio y con su flor, con la cual es muy agradable la fruta; no se la deis desflorada y ajada.

Mas nos pide nuestro Padre acerca de esta obediencia; quiere que acudamos de esta manera, no solo á la campanilla y á la voz del superior, sino tambien á la señal y significacion de su voluntad. «Todos, dice (4), se dispongan mucho á guardar la obediencia

(1) Refiérela Santa Catalina de Sena en sus Diálogos, cap. 165.
(2) Part. I, lib. 7, cap. 39 de la Crónica de S. Francisco.
(3) Rusbr. tract. de praecipuis quibusdam virtutibus, cap. 9, pag. 243, et refert Blossius cap. 7 Monil. spirit.
(4) P. VI. Constit. cap. 1, §. 1.—Reg. 33. Summarii.

y señalarse en ella, no solamente en las cosas de obligacion, pero aun en las otras, aunque no se viese sino la señal de la voluntad del superior, sin espreso mandamiento.» Alberto Magno, tratando de la obediencia, dice: «El verdadero obediente nunca espera el mandamiento del superior, sino en entendiendo su voluntad luego procura con diligencia ponerla en ejecucion: esto le basta á él por precepto y mandamiento (1).» A ejemplo, dice, de Cristo nuestro Redentor y maestro, el cual tomó por precepto y mandamiento de morir por los hombres el ver que era aquella la voluntad y complacencia de su Padre Eterno.

Casiano refiere de aquellos monges antiguos, que era tanta su obediencia, que no solamente obedecian á la voz de su superior, sino á cualquier señal de su voluntad, que parecia que en cierta manera adivinaban y pronosticaban la voluntad del superior, haciendo lo que él queria, aun antes que les mandase. Eso es lo que dice San Bernardo, que «el buen obediente previene y gana por la mano al que le manda, haciendo lo que él quiere, aun antes que se lo mande (2).»

Decia nuestro Padre (3) que hay tres maneras de obedecer: una, cuando me mandan en virtud de obediencia, y es buena; la segunda, cuando me ordenan que haga esto ó aquello; y esta es mejor, porque mas sujecion y prontitud muestra el que hace la cosa con una simple ordenacion, que el que aguarda á que se lo manden en virtud de santa obediencia; la tercera manera de obedecer es, cuando hago esto ó

(1) Verus obediens nunquam praecipit expectat, sed solum voluntatem praelati sciens, vel credens, ferventer exequitur pro praecipito. Albertus Magnus, lib. de virtutibus, cap. 3.
(2) Praecedit praecipientem. Bernard. serm. de obedientia.
(3) Lib. 5, cap. 4 de la vida de N. P. S. Ignacio.

aquello, sintiendo alguna señal de la voluntad del superior, aunque no me lo mande ni ordene espresamente. Y esta obediencia dice que es mucho mas perfecta y agradable á Dios: asi como allá en el mundo el siervo y criado que á media señal entiende la voluntad de su señor y la procura poner en ejecucion, agrada y contenta mas á su señor que el otro á quien es menester que todo se lo digan espresamente. "Es acepto al rey el ministro que entiende," dice el Sábio (1). Asi es tambien acá en la obediencia; el que acude á la significacion de la voluntad del superior, es mejor y mas perfecto obediente, y agrada y contenta mas á los superiores y á Dios. Y es doctrina de Santo Tomás, el cual tratando de la obediencia, dice (2) que de cualquiera manera que uno entienda la voluntad del superior, aquel es un precepto y mandamiento tácito, y que entonces se echa mas de ver la prontitud de la obediencia del súbdito; y asi habemos de procurar que se estienda á esto nuestra obediencia; porque algunas veces acontece, y aun muchas, que el superior no quiere mandar la cosa espresamente, por proceder con mas suavidad y no mortificar al súbdito, ó por no saber cómo tomará su mandamiento: y entonces, constándole de la voluntad del superior, será gran falta no salir al camino y ofrecerse á aquella obediencia. Andaba Dios á buscar á quien enviar á Jerusalem á predicar, y dijo donde lo oyó Isaias: "¿A quién enviaré, quién irá á esta mision (3)?" Entendió Isaias la voluntad de Dios, que queria que él se convidase, y asi luego se ofreció: "Véisme aqui, Señor, enviadme (4)." Asi es razon que nos convidemos

(1) Acceptus est Regi minister intelligens. Prov. XIV, 35.
 (2) S. Thom. 2.-2, quæst. 104, art. 7.
 (3) Quom mittam, et quis ibit nobis? Isaiæ VI, 8.
 (4) Ecce ego, mitte me: Ib.

y ofrezcamos nosotros, cuando con alguna palabra ó señal declara su voluntad el superior.

Muchos ejemplos pudiéramos traer que nos enseñan bien la presteza y puntualidad que habemos de tener en la obediencia: entre ellos es muy bueno el que cuenta la Sagrada Escritura del Profeta Samuel, cuando era mancebo y servia en el templo como de sacristan al sacerdote Heli. Una noche estaba él durmiendo en el templo, y dále Dios una voz: Samuel, Samuel, para revelarle un castigo que queria hacer contra Heli. Samuel despierta á la voz, y como no entendia aquel language, porque hasta entonces no le habia hablado el señor, ni revelado nada, pensó que le llamaba Heli, su sacerdote; y levántase de presto y va corriendo allá: "Véisme aqui, señor, ¿qué es lo que mandais, pues me habeis llamado (1)?" Heli mándale tornar á acostar, diciéndole que no le habia llamado (2). Tórnase á acostar y á dormir, y tórnale Dios á llamar segunda vez, y despierta, y pensó que le llamaba Heli, porque no le parecia que habia otro que le pudiese llamar, y levántase y va corriendo allá como la primera vez. Heli pensó que lo debia de soñar, y mándale que se vuelva á acostar. Tórnase á acostar y á dormir: torna Dios tercera vez á llamarle, y despierta, y acude luego á su superior, pensando que él le llamaba (3). Entonces cayó en la cuenta Heli, que Dios le debia de llamar para revelarle algo, y dicele: "Vuélvete, hijo, y duerme; y si otra vez oyeres que te llaman, estáte quedo y dí: Decid, Señor, que vuestro siervo oye (4)." Tórnase á acostar y á dormir, y tórnale Dios á llamar: Samuel,

(1) Et dixit, ecce ego, vocasti enim me. I. Reg. III, 4.
 (2) Non vocavi te, filii mi; revertere, et dormi. Ib.
 (3) Ecce ego, quia vocasti me. Ib.
 (4) Loquere, Domine, quia audit servus tuus. Ib.

Samuel. Él despierta á la voz, y como ya estaba instruido, responde: "Decid, Señor, que vuestro siervo oye." Entonces háblale Dios y revélale lo que queria. Pues consideremos aqui la obediencia de Samuel y su grande prontitud, que con haberse hallado burlado primera y segunda vez, y con haberle dicho el mismo Heli que él no le llamaba, que se tornase á dormir, y no entender él que habia otro que le pudiese llamar; con todo eso, torna segunda vez y tercera vez á levantarse y acudir á él, á ver lo que le mandaba. Pues con esta prontitud y presteza habemos nosotros de acudir y obedecer á nuestros superiores.

Tambien es muy buen ejemplo el que pondera la misma Escritura Divina de la prontitud de la obediencia de Abraham, cuando le mandó Dios que sacrificase á su hijo único Isaac. Dice (1) que aun no aguardó á la mañana, sino luego de noche, antes que amaneciese: en mandándose lo, al punto vá á poner por obra la obediencia, y una obediencia tan dificultosa. Y nota mas la Sagrada Escritura, que dejó los criados al pie del monte, y no los quiso llevar consigo, para que no hubiese quien le pudiese impedir la ejecucion de su obediencia.

CAPITULO IV.

Del segundo grado de obediencia.

El segundo grado de obediencia consiste en conformar uno su voluntad con la del superior, y no tener otra voluntad, ni otro querer, sino lo que el superior quisiere ó no quisiere. Esta es la cosa mas trillada y mas comun que tenemos en la Religion, porque con este presupuesto entramos todos en ella. Y este es el primer principio,

(1) Igitur Abraham de nocte consurgens. Gen. XXII, 2.

que como fundamento se les dice y pone luego delante á todos los que quieren entrar en Religion. Mirad que no venis acá á hacer vuestra voluntad, sino la agena. Y todos dicen: ya lo sé. Pues como lo decimos, y nos lo dijeron, asi es la verdad. Y eso es ser religioso y vivir debajo de obediencia. Dice San Juan Climaco: «La obediencia es sepulcro de la propia voluntad y despertador de la humildad (1).» En entrando en Religion, habemos de hacer cuenta que sepultamos y enterramos nuestra voluntad, y que ya, de ahí adelante, en todo habemos de seguir la voluntad del superior.

Añade nuestro Padre que habemos de estar muy dispuestos para esto, aunque se nos manden cosas dificiles, y segun la sensualidad repugnantes (2). Antes á estas particularmente, dice que habemos de mostrar mucha prontitud, cuando se nos ordenare, porque en ellas se echa de ver la verdadera obediencia, como notan comunmente los Santos (3). Cuando nos mandan aquello de que gustamos, y que es conforme á nuestra inclinacion y voluntad, no se puede echar bien de ver la obediencia, porque por ventura nos lleva mas á eso nuestro gusto é inclinacion que la voluntad de Dios y de la obediencia; pero cuando la cosa que nos mandan es dificil y repugnante á nuestra sensualidad y á nuestra carne, y la abrazamos con mucha prontitud, entonces dicen que se echa de ver muy bien la obediencia, porque en esto estamos seguros y satisfechos que no nos buscamos á nosotros mismos, sino puramente á Dios y á la obediencia. Y asi es muy bueno, y mucho de loar, lo que vemos en algunos religiosos, que cuando les mandan aquellos oficios ó

(1) Obedientia est sepulchrum propriae voluntatis et excitatio humilitatis. Climacus gradu 2.
 (2) Reg. 13 et 31 Summarii.
 (3) Greg. lib. 35 Moral., cap. 13. — Bernard. de ordin. vitae. — Alb. Magnus, lib. de virtutibus, tract. de obedientia; et citat August. lib. 10 Confess., cap. 26r

ministerios, de que ellos gustan mucho, andan sospechosos de sí y con una pena y congoja santa: «no sé, dicen, si merezco en esto, porque me parece que hago en ello mi voluntad:» y lo proponen al superior una y otra vez; y por el contrario, cuando les mandan alguna cosa á que ellos no tenían ninguna inclinacion, sino antes dificultad y repugnancia, entonces andan muy consolados pareciéndoles que en aquello están satisfechos, que no hacen su voluntad ni se buscan á sí mismos, sino puramente á Dios: este es muy buen modo de proceder y muy seguro. Dice San Gregorio: «Cuando nos mandan cosas altas y honrosas, no ha de haber allí nada nuestro, sino habémoslas de tomar puramente porque nos lo mandan y porque es aquella la voluntad de Dios; pero cuando nos mandan cosas dificultosas, bajas y humildes, allí, dice (1), ha de haber algo nuestro;» porque á esas cosas nos habemos de procurar inclinar y aficionar, y tomarlas con mucha prontitud y voluntad: y el que así lo hiciere, bien puede creer y estar satisfecho que también en las otras obediencias, que son conforme á su inclinacion, hace la voluntad de Dios y no la suya. Empero el que no obedece con prontitud y voluntad en las cosas bajas, humildes y trabajosas, en que siente dificultad y repugnancia, puede temer que tampoco en las demas cosas que hace, que son conforme á su gusto é inclinacion, hace la voluntad de Dios, sino la suya; y esta es una de las señales que hay para conocer cuándo uno se busca á sí mismo en lo que hace, y cuándo busca puramente la voluntad de Dios.

De aquí se sigue que el que anda deseando

(1) Debet obedientia in adversis ex suo aliquid habere, et in prosperis ex suo aliquid omnino non habere. *Greg. lib. 35 Moral., cap. 13.*

do y procurando que el superior le mande lo que á él le da gusto, y que condescienda con su voluntad, y para eso está pronto, y para lo demas no, no es obediente. Dice muy bien nuestro Padre: «Engaño es grande, y de entendimientos oscurados con amor propio, pensar que se guarda la obediencia cuando el súbdito procura traer al superior á lo que él quiere (1),» y trae aquello de San Bernardo: «Quien quiera que descubierta ó mañosamente negocia que su Padre espiritual le ordene lo que él quiere, él mismo se engaña, si se tiene y alaba de obediente con vana lisonja; porque en aquello no obedece él al prelado, sino el prelado á él: no hace él la voluntad del superior en eso, sino el superior la suya (2).» Muy comun y sabido es este punto, pero no querria que fuese eso causa de que pasemos ligeramente por él, porque es de los mas importantes y principales que hay en esta materia. Una de las cosas que mas ha de temer el religioso es esta: Temed mucho no os mande el superior algun oficio, ó ministerio, ú ocupacion, porque vos lo deseastes y procurastes, y porque mostrastes mal rostro á otra cosa con que él os acometió y quisiera mas que hiciérades; porque pensareis por ventura despues que habeis hecho algo y que habeis cargado de buenas obras, por haber trabajado mucho, y hallároséis burlado, y muy vacío de merecimiento delante de Dios; porque hacíades vuestra voluntad, y no la de Dios; y podráos él responder aquello de Isaías: «¿Cómo habemos ayunado, trabajado y cansádonos tanto, y nos ha salido todo en

(1) S. P. N. Ignatius, *epist. de obedientia.*
 (2) Quisquis vel aperte, vel occulte satagit, ut quod habet in voluntate, hoc ei spiritualis Pater injungat, ipse se seducit, si forte sibi quasi de obedientia blandiatur: neque enim in ea re ipse praelato, sed magis ei praelatus obedit. *Bernard. in serm. de tribus ord. Ecclesiae ad Patres in capitulo.*

vano? ¿Sabeis por qué? porque haciades en ello vuestra voluntad (1).»

San Bernardo trae á este propósito este lugar de Isaías, y añade: «Grande mal es la propia voluntad, porque hace que vuestras buenas obras no sean buenas para vos (2).» Y en otra parte, declarando mas esto, dice: Cuando Cristo nuestro Redentor apareció á San Pablo, y le derribó del caballo, y le convirtió, cayerónsele las cataratas de los ojos de su alma, y con aquella luz del cielo, que recibió, dijo: «Señor, ¿qué quereis que haga (3)?» Dice San Bernardo: esta es la señal de perfecta conversion de uno, y de que ha renunciado de veras el mundo, y determinándose de seguir á Cristo, que llegue á decir con el Apóstol: «Señor, ¿qué quereis que haga (4)?» ¡Oh palabra breve! pero compendiosa y llena de sentencias; pero viva, pero eficaz, digna de ser muy estimada. ¡Oh cuán pocos se hallan el dia de hoy, dice el Santo, que lleguen á esta perfeccion de obediencia, que hayan dejado de tal manera su voluntad, que nunca busquen, ni pretendan, ni deseen que se haga en cosa alguna lo que ellos querrian, sino lo que Dios quiere, diciendo siempre con el Apóstol: «Señor, ¿qué quereis que haga?» y con el Real Profeta: «Dispuesto y preparado está mi corazon, Señor; dispuesto y preparado está para hacer vuestra voluntad (5).» ¡Ay dolor, dice (6), que el dia de hoy muchos mas son los que imitan al otro ciego del Evangelio,

que al nuevo Apóstol! Pregunta el Salvador del mundo á aquel ciego: «¿Qué queres que haga contigo (1)?» ¡Oh cuán grande es vuestra misericordia, Señor, y cuánto os humanais con nosotros! ¿Cuándo jamás se usó que el señor pregunte é inquiera la voluntad de su siervo para hacerla? Bien parece que aquel estaba ciego, pues no consideró, ni se espantó, ni exclamó á tal pregunta de Cristo, como exclamó el Apóstol San Pedro cuando le queria lavar los pies, y San Juan Bautista cuando se vino á bautizar. Si no estuviera ciego habíase de espantar, cuando el Señor le dijo: «¿Qué queres que haga contigo?» y habia de exclamar y decir, «nunca Dios tal quiera: vos, Señor, me decid á mí qué quereis que haga, porque así conviene que haga yo vuestra voluntad y no vos la mia (2).» A este modo hay muchos religiosos el dia de hoy, dice el glorioso San Bernardo, que es menester que les pregunten: ¿Qué queres que haga contigo? *Quid tibi vis faciam?* Es menester que ande el superior considerando y pensando, de qué gustará este, qué es lo que hará de buena gana, para mandarle aquello á que él se inclina y de que gusta, habiendo de ser al revés, que ellos habian de andar inquiriendo la voluntad del superior, y procurando saber á lo que se inclina, para hacerlo: pues á eso vinieron á la Religión, no á que el superior ande á la voluntad de ellos y les mande lo que quieren, porque esa no es obediencia ni Religion.

(1) *Quid tibi vis faciam? Marci X, 31; et Lucae XVIII, 41.*

(2) Vere caecus ille, quia non consideravit, non expavit, non exclamavit; absit hoc Domine, tu magis dic quid me facere velis: sic enim decet, sic omnino dignum est, non meam a te, sed a me tuam quaeri, et fieri voluntatem. *Bern.*

(1) Quare jejunavimus, et non aspexisti? humiliavimus animas nostras, et nescistis? Ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra. *Isaiae LVIII, 3.*

(2) Grande malum propria voluntas, qua fit ut bona tua tibi bona non sint. *Bernard. serm. 71 sup. Cantie.*

(3) *Bernard. serm. 1 de Convers. Apostoli Pauli.*

(4) Domine, quid me vis facere? *Actuum IX, 6.*

(5) Paratum cor meum Deus; paratum cor meum. *Ps. LVI, 8.*

(6) Heu plures habemus Evangelici illius caeci, quam novi Apostoli imitatores. *Bern. ubi. sup.*